



## ANTESALA

—¿Con que cuando no está tu señor tú haces sus veces y recibes las visitas? Bueno, pues yo soy una visita; á ver qué haces conmigo.  
—Pues eso, según... ¿Cómo anda usted de cuentas con mi señora?



## EN RUINAS—EL VERANEO—DIPUTADOS Y SENADORES

Seguimos con las calles invalidadas para el tránsito. La verdad es que si los presentes tiempos fueran como aquellos en los cuales, por un quítame allá esas cesantías, se armaban las de Dios es Cristo, no se cansarían los revolucionarios en armar barricadas. Se las encontrarían hechas.

Todas las aceras se hallan obstruidas con cuerdas. Hay epidemias de casas y por eso muchos edificios están en *observación*. Diríase que el terreno de la coronada villa, imitando á los malos toreros, se cuarteja para herir. A cada paso se notan desperfectos en nuestras viviendas, y los que son tímidos de suyo, presagian males sin cuento contra esta ciudad, donde, además del Gobierno, parece que *radican* también las calamidades públicas.

Si yo fuera poeta—y conste que á fuer de español estoy en situación propinqua de intentar serlo—escribiría una oda á las ruinas de Mantua. Sí, no cabe duda; este despedazado anfiteatro, impío honor de los dioses cuya afrenta publican cosas más expresivas que los jaramagos, se viene completamente al suelo y amenaza con hundirnos á todos entre sus escombros. Señor, ¿será que las casas tienen reflexión y juicio en virtud de los cuales nos apedrean para enseñanza de extraños? ¿Será que los ladrillos y los sillares, convirtiéndose en anarquistas, empiezan á realizar la revolución social? No lo sé. De lo que sí estoy seguro es de que ando por ahí temiendo siempre el golpe imprevisto que puede quitarme la existencia. ¡Siempre mirando á los aleros de los tejados y á las cornisas de los balcones con ojos suplicantes y como diciendo: «Ved que yo soy un infeliz escritor que desea vivir. ¡No aplastéis por todos los santos esta cabeza donde bullen muchas esperanzas,

pero donde no se madura ninguna reforma *financiera!*»

Y hasta la presente, en buena hora lo diga, no he sufrido ningún contratiempo grave. En mi casa viven dos ó tres lisiados por accidentes de esos que ocurren á cada paso en la capital de España. Yo aún no he sufrido el menor detrimento en mi persona. Bien es cierto que tampoco he votado á ningún concejal, y esto es muy importante para la salud particular de los madrileños.

Como todos los fenómenos tienen su explicación, yo he procurado buscársela á este general y lento pero continuo derribo de casas en la culta capital de España. Cada vez que cae una repisa, ó se desploma un cascote de un edificio, me figuro que es una especie de lápida donde se lee:

### AL AYUNTAMIENTO DE MADRID

LA NECRÓPOLIS, AGRADECIDA

Por todo lo cual, y además por el calor, empieza el desfile de personas pudientes y de personas impudientes, de esas que le dan un sablazo al *sursum corda*, para pasar alegres una temporada.

Y empieza la lucha entre los que se van y los que se quedan. Para aquéllos la permanencia en Madrid es irresistible, inaguantable. Para éstos el viaje á las costas y al campo es una suprema tontería.

—Con que usted se marcha, ¿eh?

—¿Del partido?

—No, señor, de Madrid.

—¡Ah, sí! Me voy. ¿Quién sufre este calor? Me voy á Puertoseco á pasar el verano alegremente. Allí no hay sol, ni moscas, ni nada.

—Pues yó me quedo. En Madrid el verano es agradabilísimo. ¡Una temperatura tan suave! ¡Unas mangas de riego tan refrescantes!

Lo cierto es que no todos los que se van cambian de residencia para su provecho, ni todos los que se quedan lo hacen á gusto.

Irse en el tren expreso á las playas

del Norte: vivir á la orilla del mar en Julio y en Agosto, disfrutando de grandes comodidades, siempre será mejor que vivir en esta población con sol canicular y con discusión de presupuestos. Pero marcharse á un poblacho polvoriento y cerril, á sufrir impertinencias de todo género, es una solemne majadería.

Ahora bien: hay *personajes* fingidos de esos que no tienen sobre qué caerse muertos, y que, á pesar de los rigores del verano, se encuentran á estas fechas soportando el sol de Madrid con mucho gusto. No hay que creerlos; son unos grandes embusteros. No viajan por falta de recursos. ¡Tuvieron en Junio por excepción un billete de cien pesetas, y lo emplearon en un traje de lanilla y en varios chalecos blancos, con ramos... sin Carrión y sin *música!*

Este año han trabajado y trabajan al mismo tiempo los diputados y los segadores. Pero esta vez pasan á la par sudores y fatigas los padres de la patria y los que recogen las mieses de los campos donde crecieron. Los infelices segadores, resistiendo todo el día un calor asfixiante no paran de mover las hoces para recoger granos. Los pobres diputados, con la temperatura del grito, no cesan de mover las lenguas para proporcionarnos el pan nuestro de cada día... lo más caro posible. Los segadores, terminada su faena, se volverán á sus hogares dejando repletas de trigo cámaras y atrosjes. Los diputados, ¡ay! cuando regresen de sus faenas pesadas, ¡quién sabe lo que dejarán!

Pero aunque su misión sea distinta, existe alguna semejanza entre los trabajos de los que siegan y de los que peoran en el Congreso para mejorar nuestra Hacienda... Es posible que allá para la Canícula ó para el Otoño se encuentren unos y otros en las estaciones de los ferrocarriles; asaltando los vagones para regresar á sus respectivos pueblos con la íntima satisfacción de no haber dejado en los campos ni una espiga derecha.

TRISTÁN.

## CUENTO ARABE

## LA ESPOSA Y LOS PRETENDIENTES



Vivía en el Cairo una señora muy hermosa y tan enamorada de su marido, que nunca sabía de su casa si no se lo exigían apremiantes ocupaciones.

Regresaba un día del baño la bella egipcia y tuvo que pasar delante del tribunal de un Kadí (*Kadi*, juez civil, agente de buenas costumbres é inquisidor religioso, casi como quien dice un *padre de familia* de los que ahora nos han salido), precisamente en el mismo momento en que el magistrado daba por concluida su justiciara tarea. Al pasar la gentil casada, el Kadí la dirigió la palabra en voz baja y la pidió una cita. La señora resolvió al punto castigar la insolencia del Kadí, fingiendo que aceptaba la cinica oferta y proponiendo al atrevido fuese á su casa durante la noche. El, lleno de júbilo, prometió no faltar.

Continuó la hermosa su camino y tres veces más consecutivamente fué asediada por otros tres hombres, los cuales la hicieron proposiciones análogas á las del Kadí. Ella dijo que sí á todos, indicándoles el mismo sitio y la hora misma señalados al juez venerable. El primero de estos nuevos galanteadores era el recaudador general de los impuestos del puerto (no se trataba de un puerto de mar, sino del puerto establecido sobre la orilla derecha del Nilo, algo así como el embarcadero del estanque del Retiro); el segundo, el jefe de la corporación de carniceros, y el último un rico comerciante.

Al regresar la señora á su casa, contó á su marido cuanto le había pasado y le rogó la diese permiso para castigar la impudicia de aquellos viejos, que, aun llevando ella la cara cubierta, según el uso árabe, habían codiciado su belleza.

«El castigo que yo he ideado—dijo la esposa á su compañero—nos divertirá á ambos, y además nos reportará algunos beneficios que no son para desdeñados, porque de fijo los cuatro galanteadores no vendrán aquí con las manos vacías.»

Sabiendo el marido que la fidelidad de su esposa era inquebrantable, aceptó lo propuesto por ella y convino en ayudarla en su astuta empresa. Preparó la mujer opípara cena, que puso en orden en medio de la estancia; adornóse con sus mejores galas, y reclinada voluptuosamente en un diván, aguardó la llegada de los galanes, en tanto que su marido acechaba oculto en una estancia próxima.

A la hora justa de la oración de la tarde, el Kadí llamó á la puerta de la hermosa.

Abrió ella é hizo entrar al Kadí, que ofreció á la dama una sarta de perlas.

La hermosa obligó al juez á que se despojase de sus ricas vestiduras, y en su lugar le dió una túnica de muselina amarilla y un casquete de la misma tela. Cuando se disponían á cenar como dos buenos amantes, sonaron varios aldabonazos en la puerta. ¡Mi marido! ¡Que el Profeta nos socorra!—exclamó la bella. El Kadí, asustado, quiso huir, y la dama, cogiéndole casi en vilo, lo ocultó en un cuartito oscuro.

El que llamaba era el recaudador de impuestos, que venía con su regalo correspondiente: un estuche con una joya magnífica. Recibiólos ella al regalo y al donante con la más amable y graciosa de las sonrisas. Ordenó al recaudador que se despojase de sus vestidos y se pudiese un ropón rojo y un gorro de igual color, lo cual hizo él de muy buen talante, y cuando ya se disponían á cenar, sonaron de nuevo los golpes en la puerta y volvieron los sustos de antes. ¡Mi marido!—dijo la mujer—¡Es capaz de matarnos si nos sorprende! Y el recaudador quedó encerrado en la misma oscura estancia donde se refugió el inquisidor religioso.

Entró el tercero de los citados, es decir, el jefe de los carniceros, y repitióse lo del regalo, lo del cambio de vestiduras, lo de la llamada, lo de las angustias, lo del escondite, y el número tres quedó también oculto con sus dos compañeros de aventura.

La escena, por cuarta vez, repitióse con el rico comerciante, y al final quedaron encerrados en el cuartucho, negro como boca de lobo, los cuatro pretendientes, los cuales apenas si podían moverse, porque el recinto que los cobijaba tenía mucho de angosto y ellos eran fenomenalmente gordos.

Apareció después el marido, que todas las escenas anteriores había presenciado, fingiéndose ajeno á lo que en su casa ocurría. Abrazó y besó á su mujer y se puso en compañía de ella á consumir la opípara cena.

Los amantes ocultos, tuvieron que presenciar los coloquios naturales entre marido y mujer cuando se juzgan completamente solos, y vieron al esposo cómo engullía y paladeaba con fruición aquellas ricas viandas y aquellas olorosas infusiones, apercebidas, no como reparación honesta de fuerzas gastadas en el trabajo, sino como festín apetecible destinado á consumirse entre los arrebatos y transportes de insaciable pasión.

¡Grande fué el malestar de los cuatro personajes ocultos, porque también ellos tenían apetitos y hubieron de contentarse con ver cómo se recreaban la hermosa galanteada y su legítimo dueño!

Al final de la cena, la mujer empezó á reír con grandes carcajadas.

—¿De qué te ríes?—preguntó él.

—Ríome de recordar el mucho placer que he experimentado viendo danzar á cuatro bailarines famosos que recorren la ciudad.

—Mucho me holgara de verlos yo también.

—Pues se va á lograr tu deseo, porque precisamente he dicho á los cuatro danzantes que esperasen tu venida.

Comprendiendo los señores escondidos que aquello sería una industria para librarlos del cautiverio, se dispusieron á obedecer á la hermosa casada, la cual los fué sacando del escondite.

Saliendo primero el Kadí, tuvo que bailar como una peonza. ¡Se parece este bailarín á nuestro Kadí—dijo el marido.

—¡Quiál!—respondió ella.

—En efecto—añadió el esposo,—ese hipócrita de Kadí, que vende su justicia y finje virtudes, es más feo...

El Kadí concluyó su danza y echó á correr.

Salió luego el recaudador dando zapatetas.

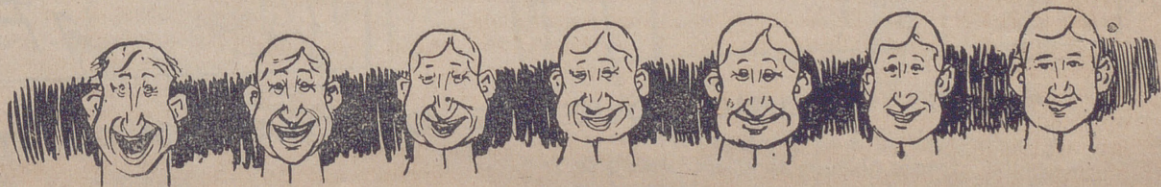
—¡Calla, este se parece como una gota de agua á otra gota al señor recaudador del Puerto!—¡Quítate allá!—Tienes razón, no puede ser él, porque al venir ví junto á su puerta á su esposa en los brazos de un hombre, que sin duda sería su marido... El recaudador huyó bufando.

Tocóle el turno de zalandarse al jefe de los carniceros. ¡Este sí que se parece al jefe de la corporación de carniceros!—¡Imposible, hombre!—Yo ya veo que este infeliz nada tiene que ver con ese otro infame que nos roba diariamente y engorda á costa de la salud ajena... ¡También el carnicero salió escapado!

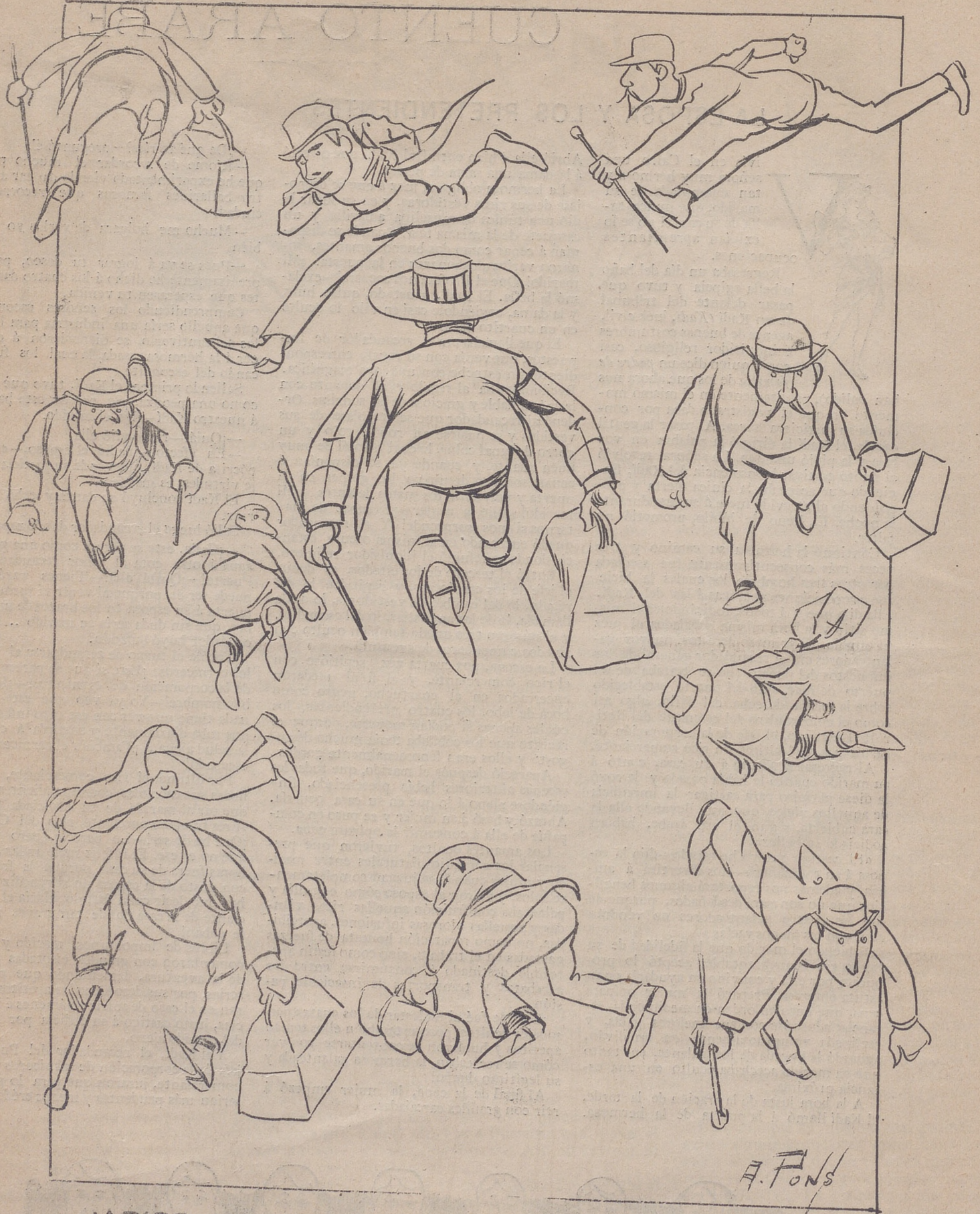
Por último; el rico comerciante, terminadas sus cabriolas correspondientes, tuvo que oír al marido de su codiciada bella.—¿Eres tu el comerciante rico del Cairo?—¡Qué ha de ser!—Lo parecía, pero ya veo que no es ese. El infeliz suele andar á estas horas fuera de su casa, porque la frecuente con gusto de la esposa un advenedizo... ¡No hay que decir cuán furioso saldría el comerciante de la casa donde tan graves noticias le daban!

Libres de importunos, marido y mujer, comentaron con grandes risotadas el final de la aventura, lamentando que personas serias, por sus desordenados apetitos, se vieran en el caso de sufrir vejámenes é insolencias, justo castigo á su codicia por la fruta del cercado ajeno.

Y el Kadí, el recaudador del Puerto, el jefe de la corporación de carniceros y el rico comerciante, juraron que para lo porvenir serían más prudentes y menos crédulos.



LA CARICATURA



¡ADIOS MADRID, QUE TE QUEDAS SIN GENTE!

LA CARICATURA  
SERVICIO ESPECIAL



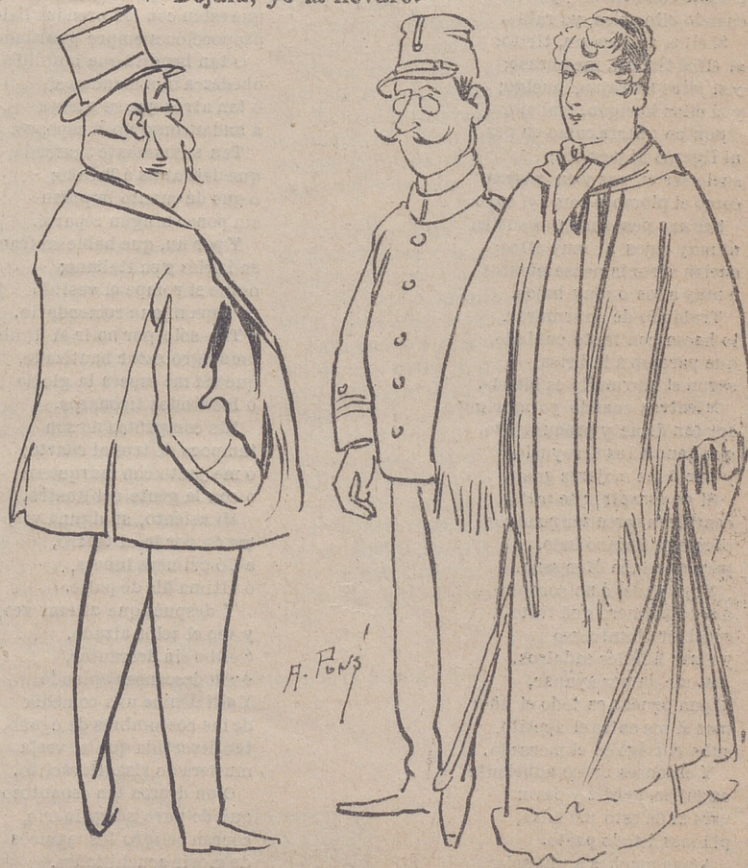
—¿Tan guapa, sola y á estas horas?  
Venga usted conmigo, paloma.



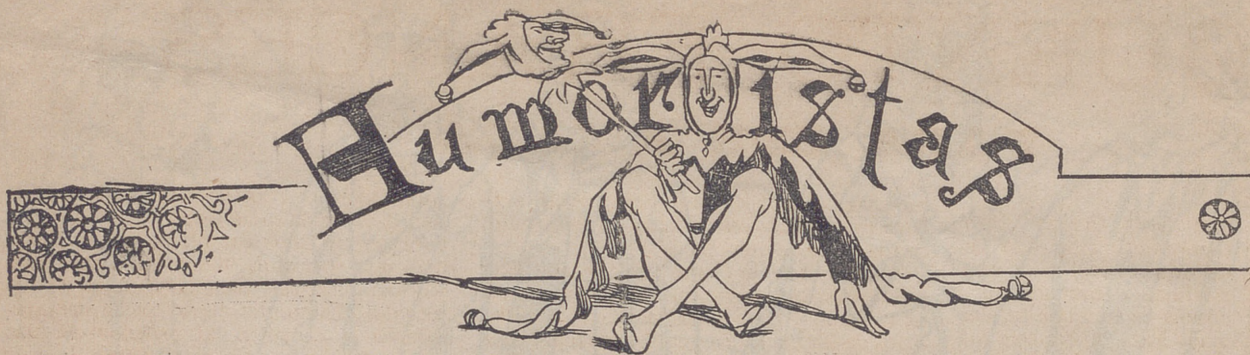
—Llevo á la delegación á esta mujer  
por andar por ahí á deshora.  
—Déjala; yo la llevaré.



—La llevo á la delegación, mi teniente.  
Andaba por ahí...  
—Bueno, bien, yo la llevaré.



—¿Sola per ahí y va á la delegación y  
es guapa! Falta de sentido moral. Déjen-  
mela ustedes á mí. Corre de mi cuenta:  
say padre.



## MI PROFESIÓN DE FE

O nadie sabe lo que hace,  
ó yo no sé lo que hago,  
ó todos son raros genios,  
ó sólo mi genio es raro.

En oposición constante  
con todos los hombres me hallo,  
por ser ellos comedidos  
y yo por ser extremado.

No sé quién tendrá razón,  
y quién el gusto más malo;  
sé que del centro partiendo  
en los polos rematamos.

Si ellos suspiran, yo gozo:  
cuando ellos hablan, yo callo;  
cuando ellos bailan, yo gimo;  
cuando ellos corren, yo paro.

Cuando ellos piden, yo doy;  
cuando ellos sueltan, yo agarro;  
cuando ellos rabián, yo río;  
cuando ellos rien, yo rabio.

Si ellos se abrasan, tiritó;  
si ellos tiritan, me abraso;  
y si ellos trabajan, huelgo;  
y si ellos huelgan, trabajo.

Son en guerra como en paz,  
ni ligeros ni pesados;  
suelo ser en paz y en guerra  
como el plomo ó como el rayo.

Ser sus pensamientos suelen  
ni muy bajos ni muy altos;  
suelen ser mis pensamientos  
ó muy altos ó muy bajos.

Tratando de murmurar,  
lo hacen con tanto cuidado,  
que parecen á la brisa  
según el murmullo es blando.

Mientras cuando yo murmuró  
soy tan firme y pronunciado,  
que gano á los arroyuelos,  
y aun á las mujeres gano.

Si de conspirar se trata,  
conspiran otros zanguangos  
para que Fulano baje,  
para que suba Mengano.

Y yo nada; ó no conspiró,  
ó es lo primero que trato  
revolver el universo  
y alzar á miles cadalsos.

Si me da por ayunar,  
ni pan pruebo en todo el año;  
mas si me entra el apetito,  
sube el trigo en el mercado.

Y entonces busco anhelante  
anguilas, perdiz y pavo:  
pero si de esto me falta,  
piñones á todo pasto.

Aman muchos á una sola;  
¡vaya un gusto estrafalario!  
O no hablo ya con ninguna,  
ó con cuatrocientas hablo.

Hallando otros una dama  
regular, ¡San Epifanio!  
ya piensan los pobres hombres

que encuentran un mayorazgo.

Para que género alguno  
merezca mi beneplácito,  
es necesario que sea  
exquisito ó rematado.

Una mujer me enamora  
cuando en ella hay algo extraño;  
ó ha de ser copia de Venus,  
ó imagen del dromedario.

Su tamaño, si ser puede,  
ó gigantesco ó enano;  
y de su rostro el color  
ó de tinta ó de alabastro.

La nariz, una de dos,  
ó romana en alto grado,  
ó tan grande que en paseo  
me haga sombra en el verano.

Las cualidades morales  
de mi dama, es necesario  
que estén con las prendas físicas  
proporción siempre guardando.

ó tan bendita que humilde  
obedezca mis mandatos,  
ó tan atroz que se atreva  
á andar conmigo á saposos.

Tan sumamente agarrada,  
que deje atrás á Tacaño;  
ó que dé cuanto la pidan  
sin poner ningún reparo.

Y por fin, que hable en francés,  
en inglés y en italiano;  
ó que si rompe el vestido  
no sepa ni aun remendarlo.

Tan sólo por no ir al limbo  
me alegre estar bautizado,  
que así me espera la gloria  
ó los sendos tizonazos.

Mis compañías no son  
tampoco de tres al cuarto;  
ó me junto con marqueses  
ó con la gente del Rastro.

Mi asiento, si alguna vez,  
me da por ir al teatro,  
es, ó primera luneta,  
ó última fila de patio.

Y después que allí me veo,  
y veo el telón alzado,  
ó silbo sin descansar,  
ó sin descansar aplaudo.

Y allí denme una comedia  
de las costumbres de ogaño,  
tan divertida que al verla  
muriera de risa Horáclito.

O un drama tan espantoso  
que de puro sanguinario,  
corran peligro los músicos  
de morir acuchillados.

Los encontrados estudios  
siempre afición me inspiraron,  
y aprendiera teología,  
ó me hiciera matemático.

En caso de lo segundo  
nunca me hubiera inclinado,

á ser sólo un arquitecto  
aunque vale buenos cuartos.

Hubiera toda mi vida  
yo ejercitado mis cálculos,  
ya en la tierra haciendo minas,  
ya revolviendo los astros.

A tirar yó por la iglesia  
no me hubiera contentado  
con ser sacristán, ni cura,  
ni cardenal, ni vicario:

Ni racionero, ni obispo,  
ni arzobispo, ni arcediano.  
Una de dos ¡qué demonio!  
O pontifice ó monago.

Nunca he vivido en el centro  
sino por sitios lejanos,  
Lavapiés ó Maravillas,  
Atocha ó el Noviciado.

Y no en piso principal,  
pues estoy siempre buscando  
cual gusano los cimientos,  
cual Micifuz los tejados.

Nunca me dió por ser músico,  
pero siempre hubiera optado  
por la flauta ó por el bombo,  
los timbales ó el piano.

Diz que es mi voz de tenor,  
mas ¡qué demontre! no canto:  
cantara con mucho gusto  
siendo *tiple* ó siendo *bajo*.

En la pintura no haria  
sino torpes mamarrachos,  
ó el célebre Rafael  
fuera ante mí un renacuajo.

Si me hiciera militar  
fuera sin duda admirado,  
ya mandando los ejércitos,  
ya guisando bien el rancho.

Ni en Cervantes ni en la Cruz  
me ven de máscara un año;  
ó al Oriente ó al tío Vivo,  
á Villahermosa ó Vensano.

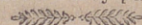
Y... ya se sabe, el semblante  
de mi traje en tales casos  
ó es charro de puro serio  
ó es triste de puro charro.

Y tan apartados son  
los disfraces que yo gasto  
como quisieran estar  
más de cuatro mal casados.

O apretado el pantalón,  
ó apeos de maragato;  
ó de africano, ó de ruso,  
de alguacil, ó de hombre honrado.

De carbonero ó de duque:  
ó bien gallego ó bien majo;  
de nacional ó de fraile;  
ó de Jesús ó de diablo.

Y no digo más; ustedes  
perdonen si he sido largo,  
que en componer soy también  
ó muy breve ó muy pesado.



# CUENTO FRANCÉS

## PARA SER AMADA (1)



Desde hacía tiempo Pedro Camouflet, empleado en un ministerio, vivía maritalmente con una muchacha joven y bonita, llamada Tata. Al oír este último vocablo pensaréis que se trataba de una parisién. ¡Estáis equivocados! Tata era una andaluza de pura raza, á la cual sus padres llevaron á Burdeos donde la conoció Camouflet, en una temporada que disfrutó de licencia del ministerio. El verdadero nombre de Tata era Lola. Empezaron llamándola con el diminutivo Lolita, y con la última sílaba del diminutivo duplicado hicieron el vocablo Tata.

Pedro conoció tarde al verdadero carácter de su mujer ó de lo que fuese; á no ser por esto, hubiera dejado las andaluzas y sus «senos bronceados», á las canciones de Musset, donde están muy bien, y habría preferido asociar su existencia á la de cualquier loca parisién, insustancial y excéptica.

¡Que Tata era celosa, para qué decirlo! Celosa en grado sumo, intolerable, con arrebatos de tigre y exigencias de sultana favorita. Lola no llevaba puñal en las ligas, porque han pasado de moda (los puñales, no las ligas), pero usaba con gran placer revólver, colocado al lado derecho, y un frasco de vitriolo al lado opuesto.

El revólver era para Pedro, el vitriolo para la rival; rival absolutamente imaginaria porque Camouflet era fiel, no obstante lo cual Tata daba de la persona que le robaba á su amante señales más precisas que las escritas en los pasaportes.

—Es una parisién—decía Tata—rubia, delgada y muy alta. ¡Como no me amas, me engañas con una mujer que es la antítesis de mi persona! Estoy segura de ello, y como te pille, empiezo por matarla á ella, luego acabo contigo, y, por último, me suicido.

Con este temperamento de la mujer, la casa de Pedro era un infierno. A veces Tata encerraba al pobre Camouflet para que no saliese ni aun á la oficina. En otras ocasiones, ella le acompañaba al ministerio y le esperaba á la salida, como se acompaña á la escuela á los chiquitines.

Camouflet tenía con frecuencia en la cara huellas de las uñas de su pantera andaluza, y para evitar que los compañeros de oficina averiguasen el motivo verdadero de aquellos arañazos, inventaba miles de pretextos. ¿Qué es eso, hombre? Nada. Que anoche cenando

me clavé el tenedor sin querer. ¿Qué arañazo es ese? Pues me lo hice ayer, paseando, con la rama de un árbol...

Y á todo esto hay que agregar que Tata era supersticiosa como una española ingerta en italiana y creía ciegamente en los maleficios de los cuchillos puestos en cruz, de la sal vertida en la mesa, de los viernes, de la cifra 13, y en los maleficios, los filtros y la buena ventura.

La situación llegó á hacerse insoportable. Registrando los cajones, Tata encontró una fotografía de mujer, una tarjeta destrozada y amarillenta por el tiempo, y no vaciló en creer que aquél retrato era el de su odiosa rival. Por más que Pedro juró por Santiago de Compostela que se engañaba Lola, y que calumniaba indignamente la memoria de una apreciable tía suya—de Camouflet—señora difunta ya y que tenía al retratarse cincuenta y cuatro años bien patentes en la fotografía, Tata, negándose á partido, puso el grito en el cielo, y armó un escándalo go:do.

—¡No me ama! ¡Tiene queridas en todos los barrios de París!—decía á la portera.

—¡Por Dios, señora Tata, un hombre tan formal!

—Repito que no puede aguantarme; pero yo le subyugaré.

Este fué quizás el período más angustioso de la vida del empleado, de aquel infeliz que era valiente con los hombres y tímido con las mujeres. Pedro no hubiera pegado por nada del mundo á su amante, y cuando ésta se enfurecía, él se contentaba con cerrar bien las puertas para evitar que la vecindad se enterase del escándalo y que el casero le pusiese de patitas en la calle.

En efecto; la despedida de los caseros era la amenaza constante suspendida sobre la cabeza de Camouflet. Después de las parejas que se llevan mal, no hay nada más desagradable en las vecindades de París, que se llevan bien. La de Pedro y Lola tenía estos dos opuestos inconvenientes. ¡Los vecinos se enteraban de sus reconciliaciones casi tanto como de sus querellas! De modo que como Camouflet era con frecuencia despedido de las casas, se pasaba la vida por las calles buscando cuartos desalquilados. ¡Era cien veces más desgraciado que el Judío errante, porque éste á lo menos iba de una parte á otra, pero sin tener que trasladar sillerías ni armarios de luna!

Una tarde Pedro saboreaba un plato de

cocido, porque Tata le había sometido á la cocina española como á otras muchas cosas. Para ser español completo, no le faltaba más que una mula, teniendo, como tenía ya, una guitarra y unas castañuelas. Al comer notó Camouflet cierto picor desagradable á la garganta. Al principio no hizo caso; pero el picor fué en aumento, le hizo toser, y al limpiarse la lengua, notó en la servilleta un polvillo negro.

—¿Qué será esto?—dijo.

—Y ella contestó:—será pimienta.

—Pues mira, parece vainilla, tiene así un sabor tan especial.

Por las mañanas Camouflet almorzaba en la oficina. Al día siguiente por la tarde, al comer un conejo en dulce, notó otra vez el dulce extraño, que se repitió al tercer día al saborear cierta vaca al chocolate, otra manifestación extraña de la cocina española.

Es particular, muy particular, pensaba Camouflet algo inquieto. ¿Querrá envenenarme Tata? ¿Y con qué? ¡Ah, estaré alerta!

Un domingo por la mañana, Tata se fué á misa, cosa de la cual no prescindía ella por nada del mundo. Camouflet empezó entonces sus investigaciones reveladoras de los proyectos de su amante. No tardaron en cumplirse sus presentimientos. Encontró un papel con cuatro dobleces, en el cual había el membrete de EXTRALUC, sonámbula vascuence, y después manuscritas las siguientes palabras:

«Para conseguir el amor de la persona que no os ama, componed el filtro siguiente: Tomad unos cuantos cabellos propios, reducirlos á polvo finísimo y espolvoreadles en las comidas destinadas á las personas cuyo amor deseáis conseguir.»

Pedro lo comprendió todo. Llevaba quince días de tomar el pelo de su amante. ¡Lo menos se había tragado ya una trenza! Por eso olía todo á vainilla. ¡Como que de vainilla usaba sólo la pomada!

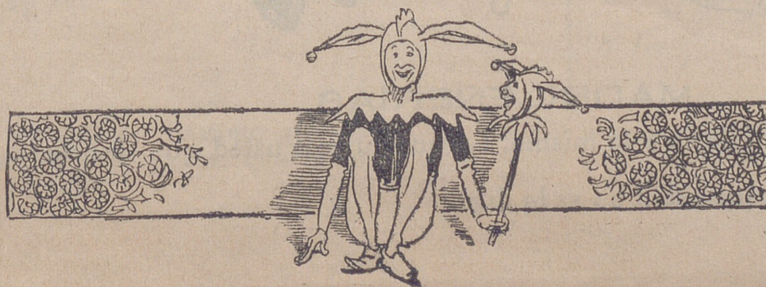
Tata entró en su casa. Pedro, con el papel en una mano y un palo en la otra, empezó á golpear á su querida, que gritaba con desgarró.

Subió la portera y despidió á los vecinos escandalosos; pero Tata, medio llorando, medio riendo, dijo:

—No, no nos despida usted. No se volverá á oír una mosca en este cuarto. El filtro ha producido su efecto, y Pedro me ama ya. ¡No ve usted cuántos cardenales me ha hecho! ¡Me quiere mucho, muchísimo! ¡Soy feliz!

PAUL COURTY.

(1) En este cuento se hacen referencias á España, referencias que traducimos fielmente, aunque tienen muy poca actualidad.





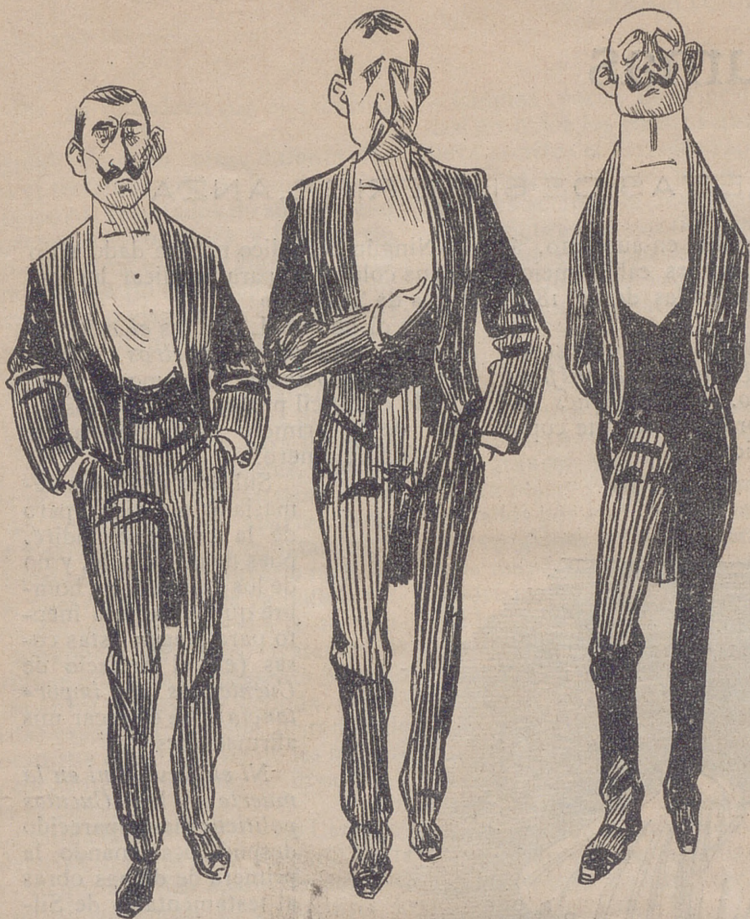
MADRILEÑERÍAS

—No está mi esposo, pero creo que será lo mismo. Lo que tuviera usted que decirle, ¿no me lo puede decir á mi?

—Si, pero con la condición de que usted no se lo diga.



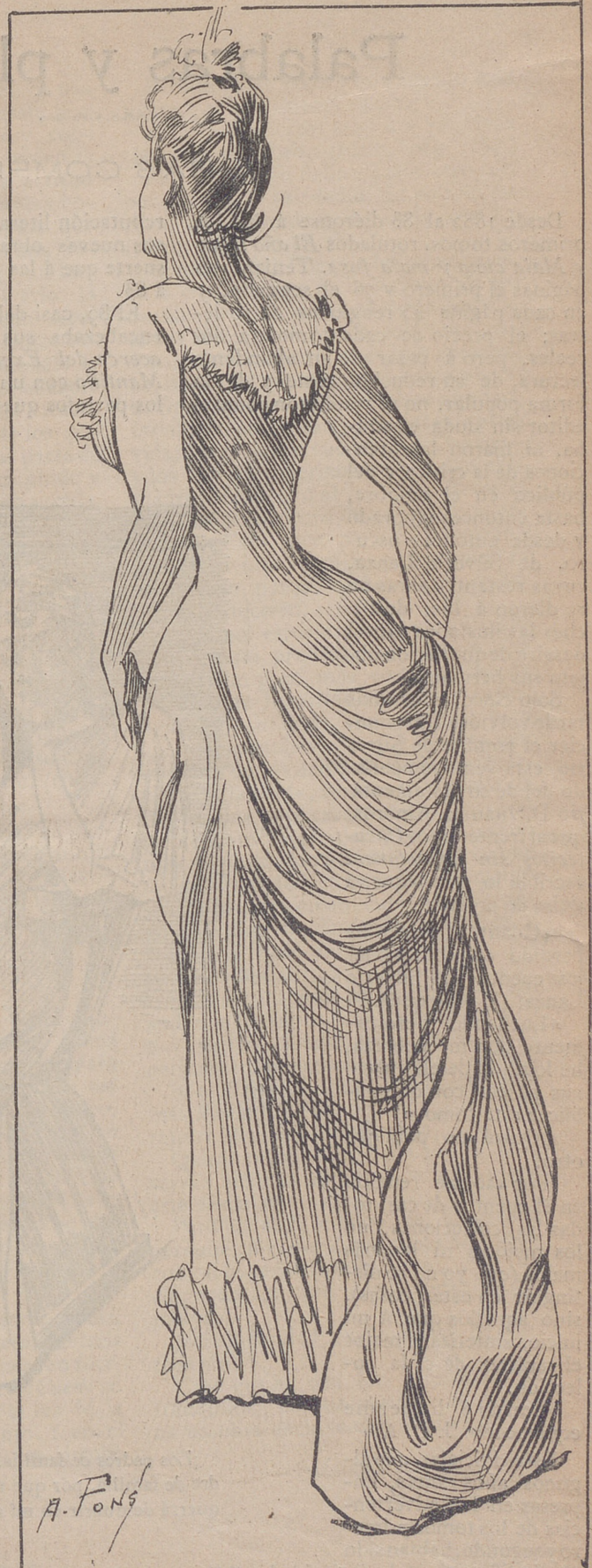
LA CARICATURA  
NUESTRA GOMA



Entre los velocipedos, las carreras,  
la sala de armas y las *Kermesses* es-  
tán los pobrecitos más robustos!



¡Qué hermosa es! Lástima que su  
padre no sea prestamista, que es lo  
que yo necesito.



¡Cuánto más sano y más fuerte es  
mi cochero!

# Palabras y plumas

## OBRAS COMPLETAS DE SILVERIO LANZA

Desde 1882 al 83 diéronse á luz los primeros tomos, rotulados *El año triste* y *Mala cuna y mala fosa*. Tenían 100 páginas el primero y 76 el segundo, y en cada página 45 renglones de 50 letras; el precio de cada tomo era dos reales, pero á pesar de su abundante lectura, de su reducido coste y de su forma popular, no se vendieron como el editor sin duda esperaba, ni fijaron las atenciones de la crítica y del público en el nombre, hasta entonces ignorado y desde entonces oscuro, de Silverio Lanza, cuyas restantes obras no se dieron á luz, desechas las ilusiones por el desaire de que fueron objeto sus hermanas.

Sólo cinco años más tarde volvióse á pronunciar el nombre de Silverio, esta vez acompañado del de su testamentario D. Juan B. Amorós, que al frente de los *Cuentecitos sin importancia* escribía lo que sigue, á guisa de prefacio:

«¡Cuánto trabajo he perdido en coleccionar los cuentos de Silverio Lanza! ¿Y para qué?...»

»Luchando heroicamente con mi pobreza, he logrado de ella algunas pesetas con que publicar este tomo.

»¡Quizá no publique otro!

»Por eso he reunido en él cuentos de casi todas las colecciones, no los mejores ni los más malos (que yo no sé distinguir en estas cosas), sino aquellos que, á mi juicio, sintetizan mejor el carácter de cada colección.

»Sentiré haberme equivocado. J. B. A.»

Estas iniciales, que algunos años antes, impresas en las advertencias de los tomos primero y segundo, habían sido tan indiferentes á la curiosidad pública como la memoria del muerto, en 1888 fueron interpretadas por muchos que debajo del nombre de Silverio Lanza imaginariamente leían el de Juan B. Amorós, quien ya no era el último llegado ni el más desconocido; pero si su

reputación literaria iba en aumento, á sus nuevas obras no les cabía mejor suerte que á las publicadas desde 1882 á 83.

El 89, casi del todo desesperanzado, encabezaba sus *Noticias biográficas acerca del Excmo. Sr. Marqués del Mantillo* con un proemio del que copio los párrafos que dicen:

«Ningún periódico me ha dado sitio en sus columnas para publicar los escritos de Silverio.»

«He dicho que Lanza es *el más fecundo y original de nuestros escritores contemporáneos*, y, aunque lo segundo es difícil probarlo, la demostración de lo primero es facilísima: es cuestión de dinero.»

Subrayo una frase demasiado atrevida, pero de la cual prescindiré, pues de mi estudio, y no de los deseos de un hombre que se declara inepto para juzgar estas cosas (en el prefacio de *Cuentecitos sin importancia*), he de sacar mis afirmaciones.

*Ni en la vida ni en la muerte* y los *Cuentos políticos* han aparecido después ocasionando la primera de dichas obras al testamentario de Silverio Lanza gastos, molestias y angustias, con cierta filosofía sobrellevadas.

De los volúmenes que hasta el día se dieron á luz, nada más los dos primeros llevan en su portada el número de orden; aun el *tercero* (que ya no se lo llama explícitamente) conserva el título general (*Obras completas*, etc.), y la clase del papel de los anteriores, cambiando la tipografía y el precio (cuesta dos pesetas). Los demás aparecen independientes y en forma distinta, pero copian-do siempre con fidelidad la lista de obras próximas á publicarse.

Doy todas estas noticias, que parecerán tal vez triviales á determinados lectores, para que algunos á quienes averiguarlas interesa, imaginen las dificultades que se oponen á un desconocido, por muchos que

sean sus méritos y sus medios, cuando pretende que lea el público sus obras. Las de Silverio—dignas de atención, interesantes y agradables—no lograron vencer la indiferencia de los lectores, ni en edición popular, ni en forma corriente, ni acompañadas de ciertos ata-



¡Los padres de familia! El papá de Antonia debe ser padre de familia, por que me observa con un descaro.... ¿Si querrá descubrir en mí alguna inmoralidad?

«En ocho meses, he vendido ocho ejemplares» (de *Cuentecitos sin importancia*). «Los tres tomos que llevo editados han sufrido la misma suerte.»

«No es posible dudar aún: la opinión pública rechaza las obras de Silverio Lanza.»

vios, que ya se codean con el excesivo lujo.

Después de ocho años, durante los cuales el testamentario de Lanza no vió más positivos resultados de su empeño que gastos insoportables y fatigas sin cuento, dícenme que ha logrado hacer segunda tirada (lo cual representa por lo menos 1.000 ejemplares vendidos) de una obra del difunto (sin duda el tomo tercero).

¡Loado sea Dios! La constancia es un gran resorte cuando la fuerza da el primer impulso; y la fuerza para los artistas y los literatos incipientes, muchas veces no es más que la *resistencia*,—el talento imprescindible aparte, como alma y ser—un puñado de plata.

Al testamentario de Silverio no le faltaría, pues resistió; ahora ya bulle la memoria del muerto, gracias á la testarudez aragonesa del vivo; tratemos de averiguar qué papel representa Silverio Lanza entre la pléyade fecunda de novelistas españoles, y á qué distancia le colocan sus inspiraciones de las modernas corrientes, que todo lo invaden y todo lo dominan.

La nota peculiar de Silverio Lanza no es decisiva ni basta para juzgarle hasta hoy, en que sólo han aparecido cinco de sus múltiples obras. El prologuista lo decía ya en el primer volumen: «Sólo podrá formarse idea de Silverio Lanza como literato, cuando se haya publicado la colección completa de sus escritos;» y decía muy bien. Lanza se nos ofrece como un pensador, un hombre de ideas, casi como un filósofo, y las ideas esparcidas, por muy brillantes que sean, poco indican, porque—según la opinión de un ilustre publicista, que no publicó nada—en este siglo se roban más ideas que pañuelos; y el filósofo sólo aparece cuando del cielo de sus obras puede fácilmente desprenderse una filosofía, y por ahora, de los cinco volúmenes de Silverio que conozco, es difícil entresacar nada que sea definitivo.

Desde luego afirmo que todas las novelitas de Lanza podrían encerrarse bajo un título general: *Cuentos del delirio*; en todas entra la imaginación más que la observación; los procedimientos empleados para construirlas, apartándolas con frecuencia de la realidad sensible, hieren á la imaginación con más poderosa energía que al entendimiento. Lanza puede hacer pensar, pero no hace sentir; de sus delirios brota más fácilmente una idea que una lágrima.

Emplea pocas descripciones y usa casi en todos los cuentos que hasta hoy lleva escritos el diálogo rápido y contundente, sin cotas y sin referencias que nos aclaren la interesante actitud de las figuras; el *cuadro* se muestra borroso y el pensamiento reina. Lo que aprende un ciego escuchando una representación dramática, deduce un lector de cualquier libro de Silverio: la idea, la frase desnuda, el diálogo seco, sin luz, sin aroma, sin movimientos expresivos; una tempestad donde sólo se perciben los rugidos del trueno, el azote del granizo y la violencia del viento. Basta hojear cualquier tomo de los publicados por J. B. A.: la mayor parte de los renglones empiezan por un guión y una mayúscula, y cuando así no sucede, podrían ponerse los párrafos nutridos de letra en semejante forma; copiemos uno cualquiera:

«LAS olas que buscan el cielo me ocultan la tierra. LA suerte ha pescando hoy conmigo. ESTOS peces brillan como la plata que me producirá su venta. ESTOY alegre y nosotros pensamos cuando nos va bien. MIS pensamientos son tristes como las iglesias que hay en los campos. LA soledad nace vestida de luto,» etc., etc. (*Cuen. s. imp.*, pág. 133.)

Pero como esto lo reflexiona un personaje, veamos cuando habla el autor:

«VENANCIA, la gordinflona, y Celestina están sentadas alrededor de la estufa. Su actitud es perezosa. DUERMEN ó meditan. LA mayor parte,» etc., etcétera, (*Mala cuna y mala fosa*, página 52.)

Así como Salvador Rueda pinta elipses y parábolas para mostrarnos la luz ó el perfume, Silverio las describe para patentizar un pensamiento; pero así como aquél no siempre logra su deseo, confundiendo muchas veces en un laberinto de líneas quebradas y arcos variados, más oscuro que una noche sin luna, éste no siempre halla la feliz expresión que desea, retorciéndose dolorido como si le oprimieran la médula con unas tenazas.

Véase, por ejemplo:

«Erase una mujer... Blanca, rubia, hermosa. Como la primera materia produciendo la atracción única, en fuerza que no se descompone.» (*Cuen. s. imp.*, pág. 129.) «Y así era la luz de la idea y el calor del movimiento. Y era el amor, que es luz y calor á un tiempo mismo.» (Idem.)

Pero muchas veces atina cuando más ligera y sencillamente razona:

«Dejé los muertos sin luz y los vivos ciegos de asombro.» (Idem, pág. 154.)

«El robo es un delito. Yo lo creo así porque me lo ha dicho un pobre: los ricos no entienden de estas cosas.» (Idem, pág. 165.)

Como en el diálogo de los personajes, en la concepción y el desarrollo de los asuntos, y en la forma literaria que viste sus ideas, no hay una sola nota personal, característica, nada que determine, nada que convenza; ni costumbres, ni tipos nacionales, ni siquiera una fantasía independiente ni una sintaxis atrevida; los mejores cuentos de Silverio—y los hay muy hermosos—podrían traducirse al inglés ó al ruso, sin llevar el más pequeño rastro de su jerarquía española. Esto, que para la traducción podría ser una ventaja, en el original es un defecto, porque le hace asemejarse á una traducción.

Si ya no estuviese muerto Silverio Lanza, sería prudente aconsejarle que se fijara un poco más en la lectura de sus autores favoritos, entre los cuales figuraron, sin duda, Poe y Hugo, para que comprendiese de qué modo, aun lanzados en los delirios más inverosímiles de la fantasía, conservan un sello de *patria*, una nota característica que imprime á sus personajes más ideales un tipo marcado de nacionalidad; y en qué forma, dejando siempre al pensamiento la supremacía, saben cubrirlo con elegante ropaje, no de confección difícil y estudiada, sino de culta, briosa y espléndida hermosura.

Lástima inspiran las desnudeces y los andrajos literarios con que se presentan muchas veces en las obras de Lanza pensamientos dignos de mejor fortuna.

Si el *difunto* hubiese procurado hacer más *literaria* su expresión, ¡cuánto más relieve alcanzara su filosofía!

Quizá en las obras que aún se conservan inéditas esté previsto y curado este descuido.

Perdóneme la sombra de Silverio y perdone su editor, que tanto le ama y con tal benevolencia le juzga, este juicio, acerbo y duro por tratarse de un muerto.

¿Mi sinceridad puede servir de algo todavía?

Creo que sí; con esta confianza me tranquilizo, porque siempre me ocasiona zozobra decir verdades amargas.

PALMERIN DE OLIVA.

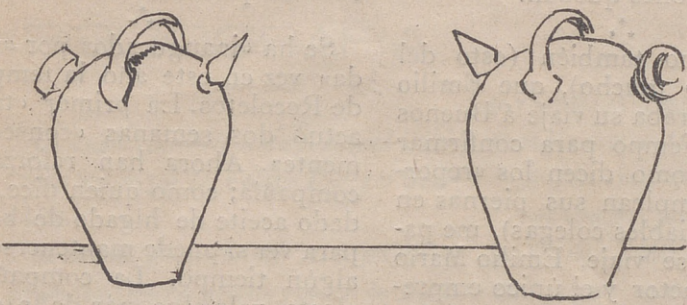
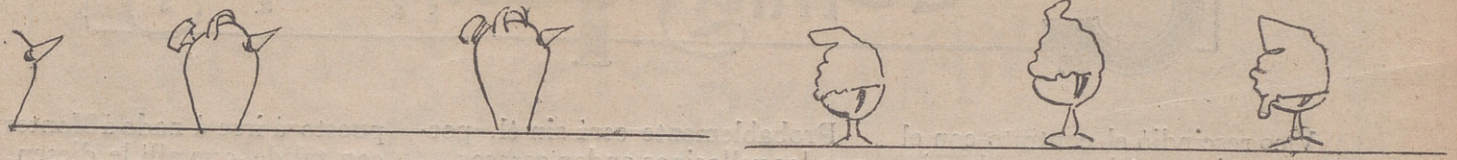




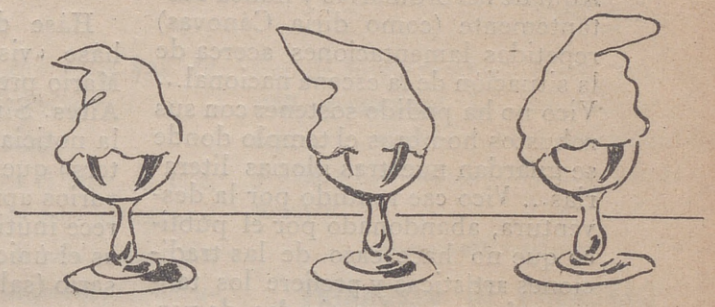
DE TERTULIA

—Acabará por tener razón mi marido, que dice que siempre usted y yo estamos enredando.

LA CARICATURA  
SESIONES DE VERANO



Los bancos de la minoría.



Los bancos de la mayoría.



Los diputados de oposición.



Los diputados ministeriales.



Los ministros.



El presidente de la Cámara.  
A un lado estará el baño.

A. FONS  
193

# Gacetillas Teatrales

Vico rescindió el contrato con el Ayuntamiento, ó lo que es lo mismo, abandonó el teatro Español. Aquí de las ordinarias y nunca bastante (como diría Cánovas) repetidas lamentaciones acerca de la situación de la escena nacional... Vico no ha podido sostener con sus robustos hombros el templo donde se guardan nuestras glorias literarias... Vico cae rendido por la desventura, abandonado por el público que no hace caso de las tradiciones artísticas y prefiere los tangos sabrosos á las tiradas de versos clásicos... Hablando en plata; Vico, el gran cómico, nos deja.

El arte se lo va á perder, y la culpa tiene el dinero; el maldito dinero, el oro vil que á pesar de encontrarse á más del 300 en el Sur de América, es allí buscado por los que lo necesitan, ó, mejor dicho, por algunos de los que lo necesitan, que como necesidad todos la tenemos.

Vico entra en esa eterna rueda de los cómicos españoles que van á América y vuelven contando una porción de grandezas... teatrales. Nuestro gran artista se arriesga á pasar la mar en busca de unas soñadas pesetas. Más ¡ay! que según dicen, en América andan como nosotros, sobre poco más ó menos, y allí el dinero escasea. Hay que verlo todo. Estamos atravesando un periodo de crisis económica. ¿Cómo vamos á acordarnos de dramas ni de comedias en tan tristes y azarosas circunstancias? Ahora es Gamazo el que priva en España: cuando uno se pasa el tiempo pensando en Gamazo, ¿cómo diablos va á acordarse del arte ni de nada que huelva á artístico? Pues bien: además de las crisis consabidas, que agobian á todos los pueblos del orbe, habrá en cada nación su Gamazo correspondiente, y, por lo mismo, en ningún país están de humor para las comedias, teniendo encima las tragedias terribles del «no comer».

Quedamos, pues, en que Vico se va á Buenos Aires, cuando corren malos vientos.

Yo le deseo que vuelva pronto y bien, con ó sin vellocino de oro.

Probablemente será sin él, porque los vellocinos andan escasos. ¡Ya ni vellones quedan!

Háse dicho también (esto del háse «viste» mucho), que Emilio Mario preparaba su viaje á Buenos Aires. Sin tiempo para confirmar la noticia (como dicen los «reporters» que emplean sus piernas en varios apreciables colegas), me parece inútil ese viaje. Emilio Mario es el único actor y el único empresario (salvos sean sus compañeros en uno y en otro concepto) que puede decir que España es América. Pues si el inteligente director del teatro de la Comedia se lleva la flor del dinero que en España dedicamos al teatro, ¿para qué necesita «surcar los mares y correr los mundos?»

¡Buen tonto sería el (Mario), y no tiene pelo de eso! ¡Exponerse á un naufragio, en el «helado piélagos», cuando aquí ha sido el único que ha logrado salvarse en el naufragio general de empresarios, teatros y cómicos! Yo, mientras no vea embarcado á Mario, no creo que se vá. ¡Ah!, y si se fuera, á morir los caballeros. El arte por horas con acompañamiento de música, se enseñorearía del territorio artístico. ¡Qué horror! ¡Me estremezco pensando en la invasión de los zuavos escénicos!

Después de hablar de los que se han ido y de los que dicen que van á marcharse, contemos algo de los que vuelven. Vuelve la compañía de Palencia y vuelve algo mustia. ¡Se encontró todavía en barbecho el terreno que dejó en otros tiempos! Que pregunten, que pregunten á la notable actriz María Tubau si en Buenos Aires se atan los perros con longaniza. De seguro contesta que allí no hay «perros» ni atados, ni sueltos.

Anden, pues, con tiento los que quieran convertirse en golondrinas teatrales y emigrar á mejores «climas»; anden con ojo, repito, y sepan que eso del dinero no está siempre dispuesto para el que lo busca; y que si por cruzar el mar fuese, habría quien estuviese dis-

puesto á irse á nado á Montevideo, con tal de que allí le diesen unas cuantas pesetas.

Se ha «inaugurado» por «segunda» vez en este año la temporada de Recoletos. La primer «troupe» actuó dos semanas «consecutivamente». Ahora han reforzado la compañía; como quien dice, le han dado aceite de hígado de bacalao, para ver si puede mantenerse firme algún tiempo. La compañía, en efecto, vale algo más de lo que valía. Ahora por lo menos está en ella Lucrecia Arana. En cuanto á los refuerzos, el que los necesita es el local, que más sirve para horchatería que para coliseo.

Cuando entra uno en el patio (aquí bien puede decirse el patio), le dan á uno ganas de pedir churros... Por supuesto que los del escenario, se acomodan al medio ambiente.

Y sirven «buñuelos» á la concurrencia.

Los del Príncipe Alfonso siguen dando estocadas con la «Espada de honor», producción en la cual se lucen los fabricantes de cartuchos. Cuando se acabe la pólvora, digo yo, que empezarán los estrenos.

Por supuesto, que más valen esas piecitas recargadas de tiros, que no otras recargadas de versos. Lo que va demás en detonaciones, va de menos en ripios.

En Apolo han estrenado Monasterio é Ibarrolla una obra titulada el «Titirimundi», á la cual obra puso música el joven y ya imitador Joaquín Valverde... El «Titirimundi» vale poco. Tiene gracia á ratos. Lo que no tiene ninguna, es el empeño del compositor en parecerse á Chueca.

Y de la imitación que á tantos pierde, tu deber es huir, joven Valverde.

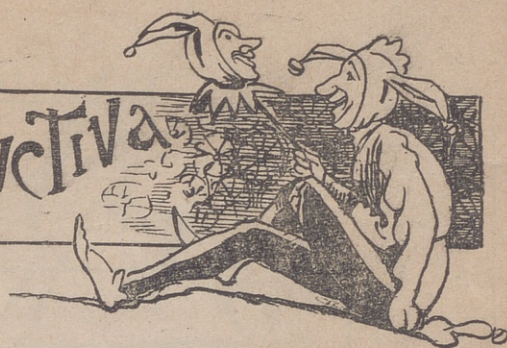
Los Jardines del Buen Retiro siguen cerrados.

Y los concejales tan frescos como si fueran besugos.

¡Puede que lo sean!

JUAN PALOMO.

# Sección Amena y Productiva



## BIBLIOGRAFIA

LA GRAN VIA.—*Revista semanal ilustrada* dirigida por D. Felipe Pérez y González.

El número primero de esta nueva publicación periodística, contiene artículos y poesías de Tello Tellez, D. Mariano Pina y Domínguez, D. Manuel del Palacio, D. Felipe Pérez y González, D. Pedro Rofill, D. Miguel Ramos Carrión, D. Eduardo de Palacio, D. José de Velilla y Eco; y dibujos de los Sres. Martínez Abades, Carcedo, Gilla, Barrini, Perea, Campuzano y Escudé.

Con estos recursos es lógico suponer que *La gran via* salga brillantemente a flote.

Le deseamos larga y lucida existencia, y á su director, amigo nuestro, muy querido y admirado, la mejor gloria y el mayor provecho que pudiera soñar.

MENUDENCIAS.—Por Mariano Sáez.

Hemos leído con paciencia el volumen cuyo título acabamos de reproducir, y estamos perplejos no sabiendo qué decirles al autor y al público de una obra, que nada tiene saliente, ni agradable, ni original; y que, sin embargo, está escrita con *decentencia* y hasta con un poquito de literatura.

Los artículos del Sr. Sáez pertenecen al género *indefinible*.

Nos explicaremos.

En las historietas que relata el Sr. Sáez no se atiende á época, ni á lugar, ni á tipos determinados. Además, el Sr. Sáez es *personalista* (¿?)

Más claro aún.

La *falta* de una época determinada no puede corroborarse con ejemplos, pero puede acaso deducirse de la carencia de lugar y tipos definidos.

Carencia de lugar «bailaban sobre la *verde pradera* al son de *popular instrumento*.»

«Carros cuajados de *robustas mozas*, cabañerías en que los *apuestos galanes*, hacen *cabriolas* delante de sus *conquistas*.»

¿Dónde y en qué tiempo estamos?

«Genara, templada como el acero, serena como el lago... «de *compleción fuerte*, ruda en el traba-

jo y sencilla en el querer, *con talle que dá envidia á más de una palmera.*»

¿Se pinta ó no se pinta Genara?

Pues bien; aun sin época, ni lugar, ni tipos, hay literatura posible cuando entre vaguedades el autor presenta un asunto de corto original; pero estos asuntos no aparecen tampoco en *Menudencias*.

La obrita se recomienda por su moralidad, y puede servir de lectura inofensiva, para jóvenes inocentes.

Perdone tanta dureza el autor novel, pero tenemos conciencia de hacerle, con esta imparcialidad, un señalado servicio.

### SOLUCIONES CORRESPONDIENTES

#### AL NÚMERO ANTERIOR

A la charada primera; CACEROLA.

A la charada segunda; TERRON.

Al jeroglífico: Casio no fué el autor perverso de la tragedia en que Desdémona murió.

### ADVERTENCIA

El primero que remita la solución completa y exacta al jeroglífico

### JEROGLÍFICO

PREMIO DE VEINTICINCO PESETAS

AL ISAIAS 1247

14890324

Vinagre y Láudano  
(suprimiendo: *trin*).

+++++  
+ **Le los** +  
+++++

á celes  
destino  
fatalidad

Napoleón I  
en Warteloo  
+ + + + +  
Francisco I  
en Pavia  
+ + + + +

LELOS

Todostodostodos RECORDAR SUS

TI en A Un millón de duros

GATO-HABLA-ELLOS.

fico de hoy, recibirá como regalo **¡25 pesetas!** El segundo y el tercero, recibirán la subscripción *gratis* á LA CARICATURA por un semestre.

### TRIÁNGULO DE PALABRAS

A . . . a  
. . . a  
. . . a  
. a  
a

Substituir los puntos por letras de modo que, horizontal y verticalmente, se lean las mismas palabras, y además que estas palabras, colocadas en el orden siguiente

A . . . a . a . . . a á . . . a  
formen oración gramatical.

### CHARADA

*Prima dos y tercia* tienen igual calificación, *cuarta y quinta* dieron nombre á un bravo conquistador.

El TODO, ahora te se ofrece confundido, y te costó lágrimas y á mí también, y palizas, que es peor.

LA CARICATURA



HIGE LIFE

—Esas Ventas del Espiritu Santo se están echando á perder: apenas si nos reunimos ya cuatro personas elegantes. Me parece que vuelvo á la fuente de la Teja.